

Andrés Caicedo y el cine

Sandro Romero Rey y Luis Ospina



Andrés Caicedo y Luis Ospina, foto de Karen Lamassonne

En los años setenta nació en Cali uno de los cineclubes de mayor importancia a nivel nacional, no sólo por su trabajo sistemático y develador, sino por la obsesiva fascinación fanática que envolvía a todos sus miembros. El Cineclub de Cali fue fundado por un jovencito de aire lewisiano y gruesas gafas llamado Andrés Caicedo, nacido el 29 de septiembre de 1951 y muerto, por sus propios medios, el 4 de marzo de 1977. Durante sus veinticinco años, Andrés no pasó un solo minuto de su vida sin dejar de pensar en el cine. Niño precoz, al superar los diez primeros años de su existencia ya consumía todo tipo de libros y comenzaba a fascinarse con las imágenes del

A los catorce años escribió y dirigió sus propias piezas de teatro, tratando de exorcizar un fantasma que desde muy temprana edad comenzó a devorárselo sin tregua. Desde esa época se dio cuenta de que la muerte lo iba a visitar pronto y decidió ponerle una cita antes de que ella le sorprendiera. Pero el cine comenzó a dominarlo. Se encerró en la oscuridad de los teatros con una obstinación progresiva y su curiosidad lo llevó a tratar de conocer todos los misterios que dichas imágenes le escondían. Por esta razón, a partir de 1969, comenzó a escribir comentarios sobre cine, en simultánea con su progresiva actividad literaria. Estos artículos, publicados con diversa



periodicidad en los diarios locales y capitalinos, dejaron ver un conocimiento impresionante por la vida y la obra de los forjadores de la carreta cinematográfica. Y, al igual que con sus cuentos y novelas, la pasión y la desmesura lo llevaron a acumular toda la información posible hasta convertirlo, con el tiempo, en un cinéforo incondicional.

La pasión de Andrés Caicedo por el cine forjó una cantidad considerable de obsesivos espectadores caleños, quienes, poco a poco, fueron convirtiendo las imágenes del celuloide en una parte fundamental de sus existencias. De

este grupo de rebeldes, con o sin causa, se fue formando un equipo de personas que, con afinidades más o menos comunes, constituyeron un colectivo cuyo propósito central fue el de producir, con progresiva frecuencia, películas en las cuales se revelaba la imagen escondida y olvidada de la ciudad de Cali. Gracias al Cineclub de Cali, la posibilidad de aprehender el trabajo cinematográfico de una manera sistemática se fue convirtiendo en una realidad. Caicedo era el generador permanente de dicho entusiasmo. Su labor como crítico no sólo se limitaba a la escritura de textos o a la programación de películas, sino que inyectaba una actitud personal y una curiosidad continua

por el conocimiento detallado de lo que el cine, día a día, iba develando.

Sus primeros escritos poseían la virtud de la euforia creativa y el afán por el dominio de la técnica y la estructura de un film. Pero si en la crítica existe un afán por la objetividad y la pormenorización científica del análisis, en Andrés se filtraba continuamente la visión particular de lo que una película le generaba, y su estilo era una combinación permanente entre la erudición y la fascinación creadora. En cualquier texto sobre cine de Andrés Caicedo, no sólo tenemos la ubicación histórica y el ahondamiento crítico sobre cualquier film, sino que también nos encontramos con un trabajo que siempre bordea los límites de la ficción. En ningún momento Andrés esconde los aspectos obsesivos, privados, íntimos, que una película le provoca; su preocupación era la de encontrar un tono que “universalizase lo particular” pues, para él, “cada gusto es una aberración”. Y, por supuesto, había que echarle mano a todos estos fantasmas individuales para que un film cobrara vida, tuviese cuerpo, trascendiese a través de la óptica peculiar de quien degusta las imágenes en la oscuridad de la sala.

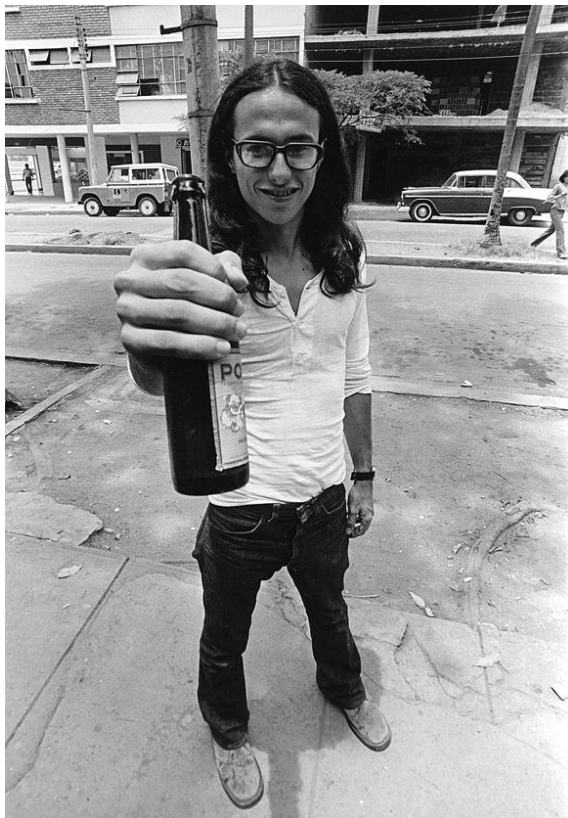
Por esta razón, los géneros cinematográficos para Caicedo eran un punto de partida que le

ayudaban a clasificar sus obsesiones. Víctima de su propio invento, los sueños del cinematógrafo fueron devorando sus propios instintos, hasta el punto que uno no llega a saber, con el tiempo, cuándo Andrés escribía sobre él, o sobre el cine.

Desde un principio, los mitos y los temas del cine norteamericano fueron su preocupación central; las películas de horror y de vampiros, por ejemplo, fueron los fantasmas de la perdición que lo poseyeron hasta que terminaron por invitarlo a vivir para siempre en las profundidades de sus propios infiernos. De otra parte, el western fue otro de los temas por los que Caicedo tuvo especial curiosidad y de los cuales se nutrió con mayor vehemencia. Pero, así mismo, todo lo que representase un paso al más allá dentro del universo del cine cabía dentro de los lentes y la furiosa máquina de escribir de Caicedo. Como finalmente se dio cuenta de que hacer cine en Colombia era una posibilidad bastante lejana (Andrés sólo codirigió una película inconclusa con Carlos Mayolo, en 1971, titulada Angelito y Miguel Ángel, basada en uno de sus relatos, la cual sería recuperada por Luis Ospina en 1986 para su documental Andrés Caicedo: unos pocos buenos amigos), parecía que su escritura tratase de recrear lo que unas horas antes la pantalla brindaba. Los textos caicedianos sobre el cine

pretenden encontrar su propia manera de mirar un film y son un reencuentro de la palabra escrita con las imágenes ajenas.

[...]



Pero no debemos olvidarnos que Andrés Caicedo, más que un crítico, era un creador. Así lo demostró con sus textos de ficción, en especial con su relato “El atravesado”, su novela ¡Que viva la música! y su colección de cuentos Angelitos empantanados e Historias para jovencitos. Igualmente, si el lector quiere exprimir más datos sobre el escritor en mención, lo remitimos a la recopilación que hicimos para la editorial Oveja Negra en su

Biblioteca de Literatura Colombiana, titulada Destinitos fatales (N. °13 de la colección), la cual contiene la gran mayoría de textos de ficción de Caicedo que habían permanecido inéditos. Esta condición creadora Andrés la puso al servicio del cine en una buena cantidad de guiones de distinto calibre y con distintos propósitos Su primer trabajo fue la adaptación de su cuento “Angelita y Miguel Ángel”. Posteriormente, escribió tres largometrajes (dos filmes de horror y un western “crepuscular”) los cuales tradujo al inglés con su hermana, con el firme propósito de vendérselos al productor de la Serie B gringa, Roger Corman. Esta utópica relación con el cine americano nunca llegó a darse. A pesar de dicha decepción, escribió una buena cantidad de historias basadas en distintos mitos caleños y un cortometraje titulado Un hombre bueno es difícil de encontrar, basado en un relato de Flannery O’Connor. Todos ellos dan cuenta de su fascinación por la perdición, la criminalidad, el horror y los “mundos corrompidos”. Ninguno de estos proyectos logró visualizarse en la pantalla, pero estaban escritos como puntos de partida de alegorías visuales que servirían después como base (consciente o no) para películas como Pura sangre de Luis Ospina o Carne de tu carne de Carlos Mayolo, ambos realizadores caleños que estuvieron al lado de Andrés durante todo el ciclo del Cine-Club de Cali.

Hasta el final de sus días, la máquina de escribir de Caicedo (“Pepito Metralla” lo llamaban sus amigos de rumbas, pues aun en las fiestas se sentaba a tabletear de un solo impulso sobre las teclas, como si el tiempo no fuera suficiente) estuvo funcionando. El proyecto de la revista N.º 6 de Ojo al cine quedó sobre el papel. Sus últimos textos (su “testamento”, unas cuantas cartas y una nota al dueño del Edificio Corkidi, donde puso fin a sus días) se opacaron con el impacto que representó la publicación de su novela póstuma. ¡Que viva la música! ha marcado la ruta de la nueva narrativa colombiana de una manera contundente. Su lenguaje inundado de referencias al desenfreno juvenil y a la euforia de las drogas se ha considerado como el mejor testamento generacional que escritor alguno haya dejado en el laberinto de nuestras letras. Por otra parte, a pesar de tratarse de un libro cuya génesis se encuentra más en la música (los RollingStones y Ricardo Ray, especialmente) que en el cine, de todas maneras posee en su estructura una carga visual y una intensidad que sólo pudo haber sido heredada del alimento cinematográfico del cual su autor se nutrió a lo largo de su efímera existencia.

Todo esto ya es historia. A Andrés Caicedo se lo analiza, se le rinde culto, se habla una y otra vez de sus libros, se lo cita y se lo mitifica. Toda esta actitud es el resultado del impacto de su obra literaria. Lo que poco se conoce es lo que este libro recoge, que refleja uno de los trabajos más obsesivos que crítico alguno se haya propuesto en tan corto tiempo. El cine, indudablemente, es el filtro por el cual pasó todo el trabajo que Caicedo desarrolló en vida y sería desde todo punto de vista injusto dejar este testimonio escondido en el silencio de los baúles de su casa materna.

[...]

Sandro Romero Rey y Luis Ospina. Texto extractado de la compilación Andrés Caicedo, Ojo al cine Bogotá, Editorial Norma, 1999, pp. 15-17.